

través de tantos obstáculos, todas las fuerzas del universo? En ese empleo de la ciencia y en esa concepción de las cosas hay un arte, una moral, una política, una religión nuevas, y nuestro interés de hoy es buscarlas.

concluir con una
 la segunda mitad del siglo XIX, y por
 que hoy se han realizado las predicciones
 hechas por el autor. El presente admite del
 mundo como la perfección del siglo
 pasado en el XIX se asienta, con
 sus arranques desordenados, muy con
 tanta que no. El autor hizo a ser
 abrirse ante sus ojos hoy a ser esta
 no ser, hizo antes de morir esta
 imperiosa confesión. La imper
 medad del siglo solo la podría ser
 rar el Cristianismo. Semifante
 Conclusiones de todo falcon
 Capitan filósofo que sus ten
 lo en los párrafos anteriores

CONCLUSION

El pasado y el presente.

- I. El pasado.—La invasión sajona.—Cómo estableció la raza y fundó el carácter.—La conquista normanda.—Cómo modificó el carácter y estableció la constitución.—El Renacimiento.—Cómo manifestó el espíritu nacional.—La Reforma.—Cómo fijó el modelo ideal.—La Restauración.—Cómo importó la cultura clásica y desvió el espíritu nacional.—La Revolución.—Cómo ha desenvuelto la cultura clásica y rehecho el espíritu nacional.—La Edad Moderna.—Cómo las ideas europeas ensanchan el molde nacional.
- II. El presente.—Concordancias de la observación y de la historia.—El cielo.—El suelo.—Los productos.—El hombre.—El comercio.—La industria.—La agricultura.—La sociedad.—La familia.—Las artes.—La filosofía.—La religión.—Qué fuerzas han producido la civilización presente y elaboran la civilización futura.

§ 1.

I

Llegados al término de esta larga revista, podemos ahora abarcar de una ojeada el conjunto de la civilización inglesa; todo se enlaza en él: algunas potencias y algunas circunstancias primitivas han producido todo lo restante, y no hay más que seguir su acción continua para comprender la nación y su historia, su

pasado y su presente. En el origen, y en lo más profundo de la región de las causas, aparece la raza. Una nación entera, anglos y sajones, ha destruido, expulsado ó sojuzgado á los antiguos habitantes, ha borrado la cultura romana, ha permanecido sola y pura, y no ha encontrado entre los últimos asoladores daneses más que una recluta nueva y de la misma sangre. Ese es el tronco primitivo; de su sustancia y de sus propiedades innatas nacerá casi toda la vegetación futura. A la sazón, tales y como los vemos, solos en su isla, alcanzan un mediano desarrollo, tosco, brutal, pero sólido. Comen y beben, edifican y desbrozan, sobre todo pululan: las bandas esparcidas que han pasado el mar en embarcaciones de cuero se hacen una nación compacta de trescientas mil familias, una nación rica, provista de ganado, de próspera vida material, de cierta regularidad social, con un rey, con asambleas respetadas y frecuentes, con buenas costumbres judiciales. En esa nación, entre las fogosidades y las violencias del temperamento bárbaro, la antigua fidelidad germánica mantiene á los hombres en sociedad, al propio tiempo que la antigua independencia germánica mantiene al hombre firme y erguido. En todo lo demás apenas adelantan. Algunos cantos truncados, una epopeya donde retumba aún la exaltación guerrera de la antigua barbarie, himnos lúgubres, una poesía violenta y furiosa, á veces sublime y siempre ruda: he ahí todo lo que subsiste de ellos. En seis siglos apenas han dado un paso fuera de las costumbres y de los sentimientos de su inculta Germania; el cristianismo, que ha ejercido ascendiente sobre ellos por la grandeza de sus tragedias bíblicas y la tristeza ansiosa de sus aspiraciones, no les trae la civilización latina; ésta queda á la puerta, acogida á

duras penas por algunos grandes hombres, deformada, si penetra, por la desproporción existente entre el genio romano y el genio sajón, siempre alterada y reducida, hasta el punto de que, para los hombres del continente, los hombres de la isla no son más que zafios ignorantes, borrachos y glotonos, en todo caso cerriles y torpes por temperamento y naturaleza, rebeldes á la cultura y tardíos en su desarrollo.

El imperio en ese mundo pertenece á la fuerza. Son conquistados para siempre y definitivamente, conquistados por normandos; es decir, por franceses más hábiles, educados y organizados más deprisa que ellos. Ese es el gran acontecimiento que va á completar su carácter, á decidir de su historia y á imprimir en su carácter y en su historia el espíritu político y práctico que los separa de los demás pueblos germánicos. Oprimidos, aprisionados en la rígida red de la organización normanda, por más que hayan sido conquistados, no han sido destruidos; están en su suelo, cada cual con sus amigos y en su comunidad local; forman cuerpo; son aún veinte veces más numerosos que sus vencedores. Su situación y sus necesidades crearán sus hábitos y sus aptitudes. Van á sufrir, á reclamar, á luchar, á resistir juntos y acordes, á esforzarse hoy, mañana, todos los días, para no ser matados ó robados, para recuperar sus antiguas leyes, para obtener ó arrancar garantías, y gradualmente van á adquirir la paciencia, el juicio, todas las facultades y todas las inclinaciones por cuya virtud se mantienen las libertades y se fundan los Estados. Por una suerte singular, los señores normandos los ayudan; porque el rey se ha reservado una parte tan grande, y se ha hecho tan temible que, para reprimir al gran saqueador, los pequeños saqueadores tienen que contemporizar con

sus súbditos sajones, aliarse con ellos, comprenderlos en sus cartas, hacerse sus representantes, admitirlos en el Parlamento, dejarlos trabajar, enriquecerse, adquirir orgullo, fuerza, autoridad, intervenir con ellos en los asuntos públicos. He aquí, pues, que poco á poco la nación inglesa, hundida bajo tierra por la conquista como por un mazazo, se desembaraza y se levanta; más de quinientos años se invierten en esa reconstitución. Pero durante todo ese tiempo ha faltado espacio para la alta y refinada cultura; ha habido que vivir y defenderse, cavar la tierra, tejer la lana, ejercitarse en el arco, ir á las asambleas, al jurado, pagar y discutir en pro de los intereses comunes; el hombre importante y estimado es el que sabe batirse bien y sacar buenas ganancias. Lo que se ha desarrollado son las costumbres enérgicas y militares; lo que ha reinado es el espíritu activo y positivo; han dejado las letras y las elegancias á los nobles afrancesados de la corte. Cuando el valiente burgués sajón soltaba su arco ó su arado, era para ir al festín opíparo ó para cantar la balada de Robin Hood. Ha vivido y obrado; no ha reflexionado ni ha escrito; su literatura nacional se reduce á fragmentos y rudimentos, á canciones de arpastas, á epopeyas de taberna, á un poema religioso, á algunos libros de reforma. Al propio tiempo se ha secado la literatura normanda; separada del tronco, y en extraño suelo, ha languidecido, circunscrita á imitaciones; sólo ha aparecido un gran poeta, casi francés en espíritu, enteramente francés en estilo, y, después como antes de él, no hay más que incurable vaciedad. Por segunda vez una civilización de cinco siglos ha resultado estéril en grandes ideas y en grandes obras, ésta aún más que sus vecinas, y bajo un doble concepto, porque á la impotencia universal de

la Edad Media se junta aquí el empobrecimiento de la conquista, y porque, de las dos literaturas que la componen, la una, transplantada, aborta, y la otra, mutilada, cesa de desarrollarse.

II

Pero, entre tantos esbozos y pruebas, se ha formado un carácter, y de él saldrá lo demás. La edad bárbara ha establecido en el suelo una raza de germanos, flemática y seria, capaz de emociones espiritualistas y de disciplina moral. La edad feudal ha impuesto á esa raza los hábitos de resistencia y asociación, las preocupaciones políticas y utilitarias. Figuraos un alemán de Hamburgo ó de Brema, embutido durante quinientos años en el corselete de hierro de Guillermo el Conquistador: esas dos naturalezas, una innata, otra adquirida, componen todos los resortes de su conducta. Lo mismo acontece con las demás naciones. Como corredores alineados á la entrada de la liza, vemos lanzarse, en el momento del Renacimiento, á los cinco grandes pueblos de Europa, sin que por el pronto pueda preverse nada de su carrera. A primera vista, parece que sólo los accidentes ó las circunstancias determinarán su velocidad, su caída ó su éxito. Nada de eso; de ellos solos dependerá su historia: cada uno será el artífice de su fortuna; el azar no tiene acción sobre acontecimientos tan vastos; las inclinaciones y las facultades nacionales son las que, derribando ó suscitando obstáculos, los conducirán fatalmente á todos á su término, á los unos hasta el fondo de la decadencia, á los otros hasta la cumbre de la prosperi-

dad. Después de todo, el hombre es siempre dueño y esclavo de sí. Al principio de cada edad *es* de cierta manera; su cuerpo, su corazón y su mente tienen una estructura y una disposición determinadas; y de esa combinación durable, que todos los siglos precedentes han contribuido á consolidar ó á construir, emanan aspiraciones ó aptitudes permanentes, según las cuales quiere y obra. Así se forma en él el modelo ideal que, obscuro ó preciso, acabado ó bosquejado, va á flotar en lo sucesivo delante de sus ojos, á agrupar en torno suyo todos sus anhelos y todos sus esfuerzos, y á ocuparle en un solo fin durante siglos, hasta que á la postre, renovado por la impotencia ó el triunfo, concibe un nuevo objetivo y emprende nueva carrera. El español, católico y exaltado, se representa la vida á la manera de los cruzados, de los enamorados y de los caballeros, y, abandonando el trabajo, la libertad y la ciencia, se lanza, en pos de su inquisición y de su rey, á la guerra fanática, á la vida aventurera, á la obediencia supersticiosa y apasionada, á la ignorancia voluntaria é irremediable (1). El alemán, teólogo y feudal, se acantona dócil, fielmente, bajo sus principillos, por paciencia natural y por lealtad hereditaria, y se pasa la vida ocupado de su mujer y de su familia, satisfecho de haber conquistado la libertad religiosa, y reducido, por la pesadez de su temperamento, á la vida corporal ordinaria y al respeto inerte hacia el orden establecido. El italiano, el de más ricas dotes y el

(1) Véase el viaje de Mme. d'Aulnay á España, á fines del siglo XVII. Nada más asombroso que esa revolución, si se compara con los tiempos que preceden á Fernando el Católico, es decir: con el reinado de Enrique IV, la omnipotencia de los nobles y la independencia de las ciudades. Véase sobre toda esa historia, Buckle, *History of civilisation*, t. II.

más precoz de todos, pero el más incapaz de disciplina voluntaria y de austeridad moral, se vuelve hacia las bellas artes y la existencia voluptuosa, decae, se relaja bajo la dominación extranjera, se abandona á la corriente de la vida, olvidado de pensar y contento con gozar. El francés, sociable é igualitario, se agrupa en torno de su rey, que le da la paz pública, la gloria exterior y la pompa magnífica de una corte suntuosa, de una administración ordenada, de una disciplina uniforme, de una preponderancia europea y de una literatura universal. De análogo modo, si se mira al inglés de la época, se descubre en él las inclinaciones y las facultades que, durante tres siglos, van á gobernar su cultura y á forjar su constitución. En esa expansión europea de la vida natural y de la literatura pagana, al punto se descubren en Shakespeare, Johnson y los trágicos, en Spenser, Sidney y los líricos, las características nacionales, todas con incomparable brillo y profundidad, y tales como la raza y la historia las han impreso hace mil años. No en balde ha implantado aquí la invasión una raza seria y reflexiva. No en balde la conquista ha dirigido esa raza hacia la vida militante y las preocupaciones prácticas. Desde el primer arranque de la invención original, su obra manifiesta la energía trágica, la pasión intensa é informe, el desdén de la regularidad, el conocimiento de la realidad, el sentimiento de las cosas interiores, la melancolía natural, la adivinación ansiosa del oscuro allende, todos los instintos que, replegando al hombre sobre sí y concentrándole en sí propio, le predisponen al protestantismo y al combate. ¿Qué protestantismo es ese que se elabora? ¿Qué modelo ideal presenta y qué concepción original va á ofrecer á ese pueblo su poema permanente y dominador? La más severa y la más

práctica de todas, la de los puritanos, que, abandonando la especulación, se circunscribe á la acción, encierra la vida humana en una rígida disciplina, impone al alma humana el esfuerzo continuo, prescribe á la sociedad humana la austeridad monacal, prohíbe el placer, ordena la acción, exige el sacrificio y forma el moralista, el trabajador y el ciudadano. Hela ya implantada la gran idea inglesa, el convencimiento de que el hombre es ante todo una persona moral y libre, y de que, habiendo concebido por sí solo, en su conciencia, y ante Dios, la regla de su conducta, debe consagrarse por entero á aplicarla, en sí y fuera de sí, firme, inflexiblemente, oponiendo una resistencia perpetua á los demás y ejerciendo un dominio perpetuo sobre sí mismo. No importa que se desacredite al pronto por sus arrebatos y su tiranía; atenuada por la experiencia, se amoldará gradualmente á la naturaleza humana, y, transportada del fanatismo puritano á la moral laica, conquistará todas las simpatías públicas, porque corresponde á todos los instintos nacionales. No importa que desaparezca de la alta sociedad, perseguida por el desprecio de la Restauración y la importación de la cultura francesa; subsiste bajo tierra. Porque la cultura francesa no prospera aquí; en ese suelo tan diferente no produce más que frutos enfermos, groseros ó incompletos.

La fina elegancia se ha trocado en disipación inno- ble; la duda delicada, en ateísmo brutal; la tragedia aborta, y no es más que una declamación; la comedia es descocada y una pura escuela de vicios; de esa literatura no subsisten más que estudios de razonamiento lógico y de buen estilo; es expulsada la escena pública, casi al mismo tiempo que los Estuardos, á principios del siglo XVIII, y las máximas liberales y

morales recobran el ascendiente que no volverán á perder. Porque, al par que las ideas, han seguido su curso los acontecimientos; las inclinaciones nacionales han hecho su obra en la sociedad como en las letras, y los instintos ingleses han transformado la constitución y la política á la vez que los talentos y los espíritus. Esas ricas comunidades locales, esos valientes *yeomen*, esos rudos burgueses bien armados, bien sustentados, protegidos por sus jurados, acostumbrados á contar consigo mismos, porfiados, batalladores, sensatos, tales como la edad media inglesa los ha legado á la Inglaterra moderna, han podido dejar al rey extender por encima de ellos su tiranía temporal, y hacer pesar sobre la nobleza los rigores de una arbitrariedad que autorizaban los recuerdos de la guerra civil y el peligro de las altas traiciones; pero Enrique VIII y la misma Isabel tienen que seguir, en lo que atañe á los grandes intereses, la corriente de la opinión pública; si son tan fuertes, es porque son populares; el pueblo no sostiene sus empresas y autoriza sus violencias, sino porque encuentra en ellos los defensores de su religión y los protectores de su trabajo (1). El, por su parte, se engolfa en esa religión, y, por debajo de la institución oficial, alcanza las creencias personales. Se enriquece por el trabajo, y, bajo el primer Estuardo, ocupa ya el mayor puesto en la nación. A la sazón todo está decidido; sean los que quieran los sucesos futuros, un día habrá de ser el amo. Las situaciones sociales crean las situaciones políticas; las constituciones legales se ajustan siempre á las cosas reales, y la preponderancia adquirida conduce infaliblemente á los derechos escritos. Hom-

(1) Buckle, *History of civilisation*, t. I, 590, 592.

bres tan numerosos, tan activos, tan resueltos, tan capaces de bastarse á sí mismos, tan dispuestos á sacar sus opiniones de su reflexión propia y su subsistencia de sus solos esfuerzos, acabarán, suceda lo que quiera, por arrancar las garantías que han menester. Al primer impulso y en el fervor de la fe primitiva, derrocan el trono, y tan fuerte es la corriente que los arrastra que, á pesar de sus excesos y de su derrota, la revolución se cumple de suyo con la abolición de los privilegios feudales y la institución del *Habeas corpus* bajo Carlos I, con la extensión del espíritu liberal y protestante bajo Jacobo II, con el establecimiento constitucional, el acta de tolerancia y la emancipación de la prensa bajo Guillermo III. Desde ese instante, Inglaterra ha encontrado su asiento; sus dos fuerzas interiores y hereditarias—el instinto moral y religioso, la aptitud práctica y política,—han hecho su obra, y en adelante van á edificar, sin impedimento ni demolición, sobre los cimientos que han sentado.

III

Así nació la literatura del siglo XVIII, completamente conservadora, útil, moral y limitada. Dos poderes la dirigen, el uno europeo, el otro inglés: por un lado, ese talento de análisis oratorio y esos hábitos de dignidad literaria, propios de la edad clásica; por otro lado, esa tendencia á la aplicación y esa energía de la observación precisa, propias del espíritu nacional. De ahí la excelencia y la originalidad de la sátira política, del discurso parlamentario, del ensayo sólido, de

la novela moral y de todos los géneros que exigen un buen sentido atento, un estilo correcto y el talento de aconsejar, de convencer ó de herir á los demás. De ahí la flaqueza ó impotencia del pensamiento especulativo, de la verdadera poesía, del teatro original y de todos los géneros que reclaman la gran curiosidad libre ó la gran imaginación desinteresada. Los escritores no alcanzan la elegancia completa ni la filosofía superior; embastecen las delicadezas francesas que imitan, y se asustan de los atrevimientos franceses que sugieren; siguen siendo semiburgueses y semibárbaros; no inventan más que ideas insulares y mejoras inglesas, y se confirman en el respeto hacia su constitución y su tradición. Pero á la vez se educan y reforman; su riqueza y su bienestar aumentan enormemente; la literatura y la opinión llegan á ser entre ellos severas hasta la intolerancia, y su larga guerra contra la Revolución francesa extrema hasta el exceso el rigorismo de su moral, á la vez que la invención de las máquinas centuplica su prosperidad y su holgura. Un código saludable y despótico de máximas aprobadas, de conveniencias establecidas y de creencias inatacables, que fortifica, endurece, encorva y emplea al hombre útil y penosamente, sin permitirle nunca desviarse ni flaquear; una complicación minuciosa y una provisión admirable de invenciones cómodas, asociaciones, instituciones, máquinas, utensilios y métodos, que trabajan incesantemente por suministrar al cuerpo y al espíritu todo lo que necesitan: he ahí en lo sucesivo las dos particularidades salientes de este pueblo. Refrenarse y pertrecharse, adquirir el imperio sobre sí y sobre la naturaleza, considerar la vida como moralista y economista, como un vestido estrecho con que hay que ir decorosamente, y

como un buen vestido que hay que tener de lo mejor posible, ser á la vez persona *respectable* y *rodeada de bienestar*, esas dos expresiones encierran todos los resortes de la acción inglesa. Contra ese buen sentido limitado y contra esa austeridad pedante estalla una rebelión. Con la renovación universal del pensamiento y de la imaginación humana, el profundo manantial poético que había corrido en el siglo XVI fluye de nuevo en el siglo XIX, y sale á luz una nueva literatura; la filosofía y la historia infiltran sus doctrinas en el viejo edificio; el poeta más grande del tiempo le ataca continuamente con sus maldiciones y sus sarcasmos; por todas partes, en las letras y en las ciencias, en la práctica y en la teoría, en la vida privada y en la vida pública, los espíritus más poderosos procuran hoy aún abrir una entrada á la ola de las ideas continentales. Pero son tan patriotas como innovadores, tan conservadores como revolucionarios; si tocan á la religión y á la constitución, á las costumbres y á las doctrinas, es para ensancharlas, no para destruirlas. Inglaterra está hecha; ella lo sabe, y lo saben ellos; tal como la vemos, cimentada sobre toda la historia nacional y sobre todos los instintos nacionales, es más capaz que ningún pueblo de Europa de transformarse sin refundirse, y de amoldarse á su porvenir sin renunciar á su pasado.

§ 2.

I

Empezaba yo á formularme estas ideas, cuando desembarqué en Inglaterra por primera vez, y me asombraron singularmente las confirmaciones mutuas que se prestaban la observación y la historia; me pareció que el presente completaba el pasado, y que el pasado explicaba el presente.

Por el pronto, el mar inquieta y asombra; no en balde es un pueblo insular y marino, sobre todo con ese mar y en esas costas. Sus pintores, á pesar de lo mal dotados, sienten su aspecto alarmante ó lúgubre; hasta en el siglo XVIII, entre las elegancias de la cultura francesa y bajo el influjo optimista de la tradición flamenca, encontraréis en Gainsborough la impresión imborrable de ese gran sentimiento. En los momentos apacibles, en los serenos días de verano, la húmeda bruma extiende sobre el horizonte su velo gris de perla; el mar tiene el color de una pizarra pálida, y los barcos, desplegando su velamen, marchan pacientemente en medio del vapor. Pero miremos en torno de nosotros, y veremos en seguida las señales del peligro cotidiano. La costa aparece labrada, las olas han ganado terreno sobre ella, los árboles han desaparecido, la tierra se halla empapada con los continuos chubascos, el Océano es siempre allí intratable y feroz. Ruge y brama eternamente el ronco monstruo, y la legión clamorosa de las olas avanza como un ejército infinito ante el cual debe ceder toda